

ras que el otro dormía, aterido de frío, sobre un montón de trapos.

El filántropo dió una moneda á la niña para que trajese bujías, caldo caliente y pan, y después interrogó á la madre.

Huérfana de un oficial del ejército, había sido feliz con su marido, hasta que la tisis acabó con la salud, con el trabajo y con los modestos recursos de la familia. Se vendió todo para hacer un viaje al Mediodía, recetado por los médicos; pero todo fué inútil: la muerte se llevó su presa, dejando en su lugar á la miseria.

Todo esto fué dicho con naturalidad y sentimiento, mientras hacía tragar al pequeño algunas gotas de caldo y los otros dos tragaban, vorazmente, pedacitos de pan mojados en el caldo. La madre parecía olvidarse de sí misma. Monsieur Arnoul la observaba atentamente: era una figura delicada, en cuyo rostro lucían esos ojos grandes, inmensos, que hacen torcer el gesto á los médicos.

Después de prometer que enviaría una estufa al día siguiente, M. Arnoul se retiró.

Al otro día, se presentaba en la tienda de un perfumista muy conocido, cuya caridad había puesto á prueba más de una vez, y que á las primeras insinuaciones le dijo:

—No me explique usted nada. Cuando usted se interesa por alguien, es que ese alguien lo merece. Por consiguiente, disponga usted de mí. Además, sus visitas de usted tienen buena sombra: acabo de realizar una venta considerable que me permite poner á disposición de usted un billete de 1.000 francos.

El viejo se inclinó pero rehusó la oferta.

—No: el dinero entretiene la pereza. Es preferible que el desgraciado vaya saliendo de apuros con ayuda de su propio esfuerzo. Hay que alimentar á la joven de que se trata unos días: después, yo haré que los dos chicos mayores entren en un asilo donde estarán todo el día. La madre los tendrá por la noche, y además tendrá que amamantar al pequeño: con todo lo cual es imposible que trabaje. Pero si usted le facilita un pequeño surtido de artículos de tocador y yo le doy nota de algunas casas donde se los compren, le haremos así una pequeña clientela. ¿Qué le parece á usted?

—Muy bien pensado.

—Además, hay que decirle que el surtido es un préstamo que usted le hace, y, según veamos que se porta, así pensaremos en algo más serio.

—Tiene usted lo que se puede llamar el arte de la caridad.

Madame Bertier, que así se llamaba la viuda, fué reembolsando el préstamo, ensanchando la clientela y cuidando con esmero á sus hijos; y como la suerte viene de una vez, se enamoró de ella un negociante, con quien contrajo matrimonio.

Todo por aquella limosna pedida por amor de Dios.

GEORGES RÉGNAL.

LOS RIEGOS EN ESPAÑA

Uno de los movimientos más interesantes de la ciencia en la segunda mitad del siglo XIX—y, más que de la ciencia propiamente dicha, de su reflejo y acción sobre la masa culta—es aquel que consiste en destruir las construcciones sistemáticas, levantadas con sobrada precipitación por el entusiasmo romántico de los primeros años del siglo (continuadores en esto de los optimismos de enciclopedistas), y en reafirmar las explicaciones simplisísimas con que se pretendió resolver todos los conflictos sociales y todos los problemas del Universo. A impulsos de esa corriente crítica, rigorista, basada en la observación directa de la compleja realidad, han ido desapareciendo la anti-

gua Filosofía de la Historia, el dogmatismo legista del Derecho Natural, los fáciles sistemas políticos del período revolucionario, etc., etc., y se ha abierto una nueva época de revisión, tanto de las cuestiones especulativas, como de las que inmediatamente se refieren á la práctica del vivir humano.

Hay, entre estas últimas, una que importa de modo especial á nuestro pueblo, porque estriba en condiciones irreductibles de su medio geográfico y en factores esenciales de su estructura económica; de tal manera, que, según ya lo han explicado y discutido minuciosamente escritores de tan alta autoridad como Mallada y Costa, de los límites irreductibles en que aparece encerrada y del acierto en aprovechar lo que dentro de ellos es permitido, depende, en buena parte, nuestro progreso social, y aún se razonan y aclaran fenómenos hasta ahora oscuros de nuestra historia. Me refiero, para concretar de una vez, á la agricultura; más especialmente, al problema de los riegos, á lo que Costa ha llamado «política hidráulica».

Pesimismo aparte, es deber nuestro no hacer oídos sordos á esas voces, que proceden de quienes ahora nos estudian, y el día de mañana quizá nos dominan. Una de esas voces, la más reciente, es la del señor Brunhes, profesor de Geografía en la Universidad de Friburgo y en el «Colegio libre de ciencias sociales», de París, quien, en un libro voluminoso que acaba de publicar, examina el problema de *La irrigación, sus condiciones geográficas, sus modos y su organización en la Península ibérica y en el Africa del Norte*.

El Sr. Brunhes no es un sabio de gabinete, ó, por mejor decir, no es solo un sabio de gabinete; es también un observador, que ha visto y examinado, por sus propios ojos, toda la zona que él llama, y con razón, «la Iberia seca», limitada al Norte por una línea que, partiendo de Tarragona, sube hasta Huesca, va luego á buscar, por encima de Logroño, y por los confines de Santander, la ciudad de León, y luego baja, cortando el Duero, el Tejo y el Guadiana, para terminar en Huelva. El señor Brunhes ha visitado las cinco regiones en que considera dividida esta zona: cuenca del Ebro (región de grandes canales); banda árida litoral; oasis del tipo Valencia, ejemplo de admirable organización económica; estepas del S. E.; región de los pantanos; estepas é irrigaciones de Andalucía y estepas de la meseta central. En cada una de ellas estudia el autor las condiciones geográficas, la disposición técnica de los riegos, su distribución económica y jurídica y el género de formación social que á ésta corresponde. No le seguiremos en el pormenor de su estudio, que todavía (en lo que se refiere, v. gr., á los mercados de agua), hubiera podido ampliarse un poco; pero sí nos fijaremos en sus conclusiones, que son de gran enseñanza sociológica y jurídica. Con referencia á ellas hemos escrito las consideraciones generales que van al frente de este artículo.

El Sr. Brunhes se ha propuesto demostrar que la reglamentación del reparto del agua, lo mismo que las agrupaciones colectivas de los regantes, aunque por su naturaleza jurídica y económica—humana, en fin de todo,—pueden parecer independientes de las condiciones del suelo, en realidad dependen de éstas. Para ello ha cuidado de «situar» los hechos que estudia, «de localizarlos», con el fin de determinar la regularidad con que están ligados á la geografía.

«El hombre—dice—debería siempre tener la prudencia de fijar sus propósitos conforme á la proporción de agua disponible y al conjunto de las condiciones naturales; pero no siempre posee medios ni tiempo para subordinar y adaptar perfectamente sus esfuerzos á la naturaleza que le rodea»; y de aquí

que vaya á poblar terrenos áridos y se empeñe en hacerlos producir lo que, por modo natural, no producen. Al tener que usar para esto del agua, necesita distribuirla sobre la tierra; cuestión nada difícil si es uno solo el propietario regante; pero como las más de las veces «el agua se ha de distribuir entre tierras pertenecientes á muchos», el problema de la *distribución* se complica con el del *reparto*, y éste depende, no sólo de la superficie regable, más también del volumen de agua, de su fijeza y de su variabilidad.

Estos factores, que el hombre no puede modificar más que hasta cierto límite y con grandes, á veces seculares, esfuerzos, pesan de tal modo sobre la actividad humana, que donde se les desprecia ó se les olvida, pronto llega el desengaño, de terribles consecuencias. Así se ve, comparando el sistema de la huerta valenciana, en que «sencillamente se ha aprovechado la disposición topográfica de las tierras... preocupándose, ante todo, de estrechar, por lazos administrativos, la solidaridad económica de los cultivadores», con el de los pantanos del S. E. (Lorca, v. gr.) y los grandes canales del Ebro, «doble experiencia que, por las vicisitudes, á menudo desastrosas, de estas enormes empresas, debe enseñarnos con qué prudencia hay que forzar las condiciones naturales y qué serie de complicaciones trae consigo una transformación brutal de la natural circulación de las aguas...» «Como se ha hecho en Murcia, en Bel-Abbés, en Biskra y en el valle de la Mina, debe aspirarse á una modificación y á un mejoramiento de la Naturaleza que sean, lo más posible, una simple adaptación de las condiciones naturales á las necesidades agrícolas del cultivo en un país árido. Toda empresa de irrigación exige un espíritu dócil, el sentido de la extrema diversidad de los casos geográficos». El ejemplo de Valencia demuestra también (y con él, otros muchos) cómo el agua impone repetidas veces á los hombres una solidaridad efectiva, haciéndoles comprender «la necesidad del enlace colectivo de los intereses individuales». La misma tesis sostuvo hace años, en su excelente libro *La civilización y los grandes ríos históricos*, el geógrafo Metchnikoff.

Pero esta indudable relación entre los hechos naturales y los sociales no es fatal y, por tanto, no es siempre la misma. Depende de un factor que varía mucho, y en que se expresa el carácter del espíritu humano; depende del efecto, de la reacción psicológica que en el hombre producen las condiciones hidroclimáticas de la comarca, excitándole á remediarlas, haciéndole dudar ó resignándose á ellas; depende, en fin, «del carácter de las necesidades que sienten los individuos, de las necesidades á que obedecen, conscientemente ó no». Tal es el factor intermediario entre la naturaleza y los hechos económicos. Ahora bien: «nada nos autoriza á creer que este efecto esté siempre determinado por las mismas causas naturales; por el contrario, se ha demostrado perfectamente, que causas naturales diversas pueden producir formas análogas de actividad humana». Por otro lado, si los estudios de pormenor que el libro del señor Brunhes encierra, «comprobaban en cuantos casos diversos el hombre no saca del agua el máximo de provecho y no puede utilizarla con la mayor perfección, si no recurre á una organización económica y administrativa de tipo determinado, han comprobado también que esa organización no es siempre la misma, que no es igual en todos los «oasis» de una zona, ni aún en todos los oasis de un tipo geográfico». Tan pronto la libre percepción de ese interés común conduce á esas admirables «comunidades hidráulicas» de Valencia ó de Murcia, como obliga al Estrado (v. gr. en el Egipto actual) á coordinar por sí mismo, más

ó menos habitualmente, los intereses individuales.

La razón de estas diferencias no la puede explicar el geógrafo. El señor Brunhes cree que tal vez dependan «de combinaciones variadas, de influencias técnicas ó históricas, jurídicas ó políticas». Sea lo que fuere, resulta perfectamente evidenciada la grandísima complejidad de estos hechos y la locura que se comete al quererlos resolver (como á veces pretenden los gobernantes, de una plumada y con un patrón común.) Justamente, el estudio del Sr. Brunhes prueba con toda claridad la dependencia indirecta, pero efectiva, del hombre respecto de la naturaleza, á través de «la repercusión psicológica de las causas geográficas en el ser humano»; y, por tanto, la responsabilidad que á éste corresponde, casi siempre en los desastrosos, y el valor inmenso que tienen su actividad ó su apatía.

RAFAEL ALTAMIRA.

PESIMISMOS

No sé por qué dicen
Que es triste la vida,
Cadena de males,
Penas y fatigas.
No sé por qué dicen
Que todo es mentira,
Creaciones solo
De la fantasía.
Que la gloria es humo,
Deidad fugitiva
Que nunca se alcanza
Y siempre á la vista.
Que el amor es fuente
De eternas desdichas,
La mujer traidora,
Cruel y fementida.
La amistad conjunto
De infamias y envidias,
Los amigos Judas
Que nos desuavizan.
¡No sé por qué dicen
Tantas ingominias
De la humana especie
Esos pesimistas!
Sin amor, sin gloria,
Sin un alma amiga
¡Qué fueran los hombres!
¡Qué fuera la vida!

EMILIO BERNABEU.

LOS OLVIDADOS

Hay enfrente de mi casa una escuela, cuyos chiquillos llenan la calle de risas y de gritos durante las horas de recreo, hasta que por Amélia da tres palmadas y les hace entrar de nuevo en clase.

A las cinco de la tarde, cuando los padres vienen á recoger á sus pequeños y la escuela va quedando vacía, veo desde mi ventana algunas caritas tristes é inquietas que miran con ansiedad á la puerta. Son aquéllos que nadie ha venido á buscar todavía.

Recuerdo entonces los días de mi infancia, cuando cantaba el *ba, be, bi, bo, bu*, y cada campanillazo nos hacía volver á todos la cabeza hacia la puerta, diciendo mentalmente: «Esta vez vienen por mí». Pero era la criada de Juanito ó la mamá de Arturo... Y al ver marcharse á los demás, mientras que de mí nadie se acordaba, el corazoncillo no me cabía en el pecho, y me faltaba poco para hacer pucheros.

Algunas veces me quedaba el último. Aquella soledad era terrible. La escuela, desierta, sombría, silenciosa; aquellos grabados suspendidos de las paredes, que representaban cabezas de animales me miraban con sus ojos grandes é inexpressivos y el aparato de cálculo, con sus bolas de madera, parecía brotar de las sombras y avanzar hacia mí... ¡Pero tonto!—tenía que decirme á mí mismo:—¡si es el aparato de cálculo!—Esta reflexión no impedía que sintiera un escalofrío, y me apretaba contra el banco, tapándome la cara con las manos. Y mil angustias parecidas pasaban por el